

Memoria - exposición

dirigida al Excmo. Señor Ministro de Estado.

Excmo. Señor:

Desde la emancipación de las feraces y extensas comarcas, que constituyeron un día nuestros envidiados dominios en el territorio americano, los gobiernos que se han sucedido en España, no han dado un paso para establecer con sus antiguas colonias las relaciones cordiales, que deben ^{de} existir entre miembros de una sola familia.

Largo por demás ha sido el periodo de nuestro resentimiento, fundado en un acto hasta cierto punto lógico, y á que concurrieron muchas circunstancias atenuantes, que debieron de inclinarnos á la indulgencia.

En efecto, no fué la aversión á la metrópoli el móvil principal que impulsó á aquellos pueblos á rechazar con las armas la dominación española, á pesar del profundo desdén con que á veces eran tratados, y la avaricia ^{ó torpeza} de muchos gobernadores peninsulares, cuyo empeño era hacer odioso el nombre de la patria.

Sugestiones extrañas, manejos hábiles de pueblos codiciosos, que miraban con envidia nuestras ricas colonias, el ejemplo reciente de la mejor parte de la América inglesa, arrancada por Washington al dominio británico, y principalmente la desorganización en que nuestro país se hallaba, esquilmo por la invasión francesa, y abatido por la ingratitude y las crueldades de un despotá iracundo; todo contribuyó á que nuestros hijos se decidieran á buscar en su emancipación, quizás prematura, una libertad de que no siempre han sabido hacer un uso discreto.

Consumado el acto, y reconocida la autonomía de aquellas nacionalidades por los gobiernos europeos, la conducta de España debió ser desde un principio encaminada, no á enconar las heridas que en la lucha se habían causado los combatientes, sino á cicatrizarlas con maternal benevolencia, y á formar vínculos nuevos de amistad y cariño, en lugar de los que habían sido relajados, ó rotos, al separarse violentamente el hijo adulto, para

6.
crear una nueva familia.

Lejos de esto, el gobierno español, sonando con una reivindicación imposible, fuera, como sonaba, dentro, con oponer una barrera insuperable al torrente de las nuevas ideas, se encerró para con aquellos pueblos en una reserva, hija del rencor impotente, cortando con ellos toda clase de relaciones, y enagenándose cada vez más las escasas simpatías que allí nos había dejado la guerra.

Las demás naciones de Europa ~~y prin-~~
~~cipalmente los norte-americanos~~, procuraban en tanto sustituir su influencia exótica á la nuestra natural y legítima; y, atizando de un modo más ó menos directo la enemistad hácia la antigua metrópoli, celebraron tratados y crearon allí intereses contrarios á los nuestros, con los cuales nos será muy difícil luchar, aun después de restablecidas nuestras cordiales relaciones.

Mucho hubiéramos adelantado en el buen camino, si desde el reconocimiento oficial de su independencia por el gobierno español, hu-

biese hecho este á lo ménos algun esfuerzo, para conseguir, ^{tal} ~~este~~ propósito; pero desgraciadamente los hombres que han dominado nuestro país en la última época de gobierno representativo, salvo algun ligero parentesis, no habian abrazado la buena causa más que en el nombre; se consumian en luchas estériles contra las manifestaciones de la opinión pública, que los rechazaba, y no podian, ni querian, pensar en tender la mano al través de los mares á nuestros hermanos, contagiados del, para ellos, terrible mal de la libertad política.

Aquellos pueblos virgenes, que acababan de salir de una tutela rígida y penosa, que entraban en una nueva esfera de actividad para ellos desconocida, hubieran tomado de buena gana por guia y maestros, ó á lo ménos por consejero, para proseguir en la áspera senda que se habian trazado, á su antiguo tutor, si éste hubiera sabido convertirse á tiempo en desinteresado y leal amigo.

Nadie, como nosotros, pudo desde entonces satisfacer las necesidades que allí se creaban,

7.
porque nadie las conocia tan á fondo, como los que les habiamos dado, con nuestra sangre, nuestra religion, nuestra lengua y nuestras costumbres. Y, sin embargo, por un amor propio exagerado, por una dignidad mal entendida, consentimos en que llegase á ellos por manos extrañas lo que podiamos llevarles directamente, reportando un comun beneficio.

Los productos de nuestro suelo, á que se hallaban acostumbrados; los de nuestra inteligencia, con que la de ellos se habia nutrido, llegaban allí por camino extraño, y adulterados notablemente; porque el conductor de unos y otros tenia interes en desprestigiarlos.

España debia ser el cauce natural, por donde se dirigiese á aquellas regiones la gran corriente de las ideas regeneradoras del mundo antiguo, los adelantos en las ciencias y en las artes, y cuanto abarca la ancha esfera de la actividad humana.

En el comercio de las ideas, nosotros éramos los llamados á transmitirles cuantas se la.

borasen en el hirviente cerebro de la Europa; y el libro y el periódico, escritos en su propia lengua, debían ^{de} ser el estrecho y continuo lazo que uniese en fraternal concordia á los hombres de un mismo origen al través del Atlántico. Pero los libros y los periódicos españoles tenían que ~~propagar~~ una barrera muy superior á la que les oponían las inmensas olas del Océano; y esa barrera, en mal hora levantada y con peor acuerdo sostenida, era la tirantez de nuestras relaciones y la poca importancia que hemos dado siempre á un asunto de interés tan vital para nuestra patria.

Entre tanto, los extranjeros, aprovechándose de tan criminal apatía, estampaban en sus prensas los productos de nuestro ingenio; y su comercio de libros españoles con los españoles de América ha llegado á ser de tal importancia, que solo París y Bruselas ~~de España~~ exportan anualmente para aquellas regiones obras impresas por valor de muchos millones de francos, cuando la exportación española apenas llega á algunos centenares de escudos.

2.
; Y cuál es, mientras, la suerte de nues-
tros escritores; de los mismos que abastecen sin
cesar ese comercio tan lucrativo, hecho á ex-
pensas de nuestro trabajo? ; Harto sabida
es por desgracia!

Mucha fe se necesita para escribir y pu-
blicar un libro en español, aquí, donde hay
tan pocos lectores, sabiendo que, al día siguien-
te, un extraño se aprovechará del fruto de nues-
tras vigiliias, llevándolo á un mercado, espa-
ñol también, donde el autor ó el primitivo
editor ~~no~~ pueden hacerle competencia!

; Y si fuera este solo el mal que para nos-
tros resulta! Pero, tras de dar á conocer nues-
tras obras de una manera imperfecta, en
aquellas que lo permiten muchas veces has-
ta el texto vá adulterado, introduciendo en él
frases y períodos que nos rebajan, por enalte-
cer á los mismos que se lucran con el pro-
ducto de nuestra inteligencia; ó, cuando más
nos, salen los libros plagados de errores, hi-
jos de la ignorancia de nuestro idioma en
los encargados de reproducirlos.

Por otra parte, siendo tan mezquino y ruin nuestro comercio de libros directo con la América española, ni allí se conoce, como debiera, nuestra literatura contemporánea, ni nosotros podemos apreciar aquí los adelantos científicos y literarios de nuestros hermanos de Ultramar, que, por falta de cambio, quedan limitados á su propio suelo, porque los demás mercados de Europa casi no existen para sus producciones, por lo poco que en ellos se cultiva el idioma de Cervantes.

España acaba de entrar en una nueva era: política y moralmente regenerada, no puede mirar con indiferencia asunto de tal importancia. Con nuestra resurreccion gloriosa á la vida de la libertad y del progreso, no han podido ménos de avivarse las simpatías de los que en el Nuevo Mundo suspiran aun por nuestra amistad, porque hablan nuestra lengua, porque llevan nuestros nombres, porque sienten latir en sus venas nuestra misma sangre.

Nunca se puede presentar ocasión más propicia, para estrechar nuestras relaciones con aquellas repúblicas, formadas por nuestros hermanos; nunca mejor pueden celebrarse con ellas tratados literarios y de comercio, que liquen de una manera estable nuestros intereses, que abran nuevos horizontes á nuestra abatida literatura, que maten el monopolio que á nuestra costa hacen allí los extranjeros.

Si recientes luchas han entibado en algunas comarcas el cariño fraternal, que en su mayoría profesaron siempre á la patria común de nuestros abuelos, nuestra paternal solicitud borrará pronto la huella dolorosa de los últimos acontecimientos. Nunca es más grande el poderoso, que cuando tiende con generosidad al más débil la mano carinosa del amigo.

Hubo un tiempo en que nuestro orgullo consistía en decir, que jamás dejaba de alumbrar el sol en los dominios españoles; hoy debemos aspirar á la realización más be-

Ula de esa frase, no por el derecho de la fuerza, sino por los vinculos de fraternidad y amor entre pueblos que tienen un mismo origen, una misma civilización y unas mismas aspiraciones.

Si esto no se verifica pronto; si la raza hispano-americana no se une entre si y con su antigua metropoli por el estrecho lazo de una amistad franca y sincera, su suerte es la de ser absorbida, más o menos tarde, por el coloso del Norte, que, aprovechándose de nuestras discordias, tiene ya hacia el Sur su codiciosa mirada.

El pensamiento de unificar en lo posible los intereses españoles en Europa y América, bajo el punto de vista del interes de raza, no puede ser más patriótico ni más oportuno. Los medios no son difíciles para la España actual, como lo fueron para la España ^{retrograda.} ~~conservadora~~. Considere el Gobierno, en cuyas manos están los destinos de una revolución, llamada á ser de portentosas trascendencias, la inmensidad de los intere-

ses que en esta cuestion se debaten. Re-
nunciara a la gloria, que ha de caberle, en
dar los primeros pasos hacia la realizacion
de tan alta empresa?

ria infundido de el temor de que esto sucediese,
teniendo en cuenta el elevado caracter y
el patriotismo acendrado de los individuos
que lo componen.

Grave y dificil es la mision, sin duda
alguna, para la persona a quien el Gobier-
no confie la gestion de asuntos tan delicados;
pero, ayudada esta por nuestros agen-
tes diplomaticos a li establecidos valiendose
se con oportunidad de la palabra y de la
prensa, y llevando los trabajos la unidad
de accion y de miras que es indispensable, el
exito no puede menos de ser satisfactorio.

Este enviado, q por su caracter **oficial**,
tendra el camino expedito en las republicas
con quienes estamos en buena armonia, pue-
de presentarse como agente oficioso en aquellas
con quienes se hallan interrumpidas nuestras
relaciones y remover los obstaculos